

PUES hay detalles que espeluznan—contestó Nozales.—De una ferocidad digna de salvajes, inconcebible, repulsiva.

—¿Está V. ya informando?—preguntó con socarronería Primo Cova.

—Como si estuviese,—replicó no sin impaciencia el Fiscal.—Ni prejuizo nada, ni los señores (señaló á Palmares), ni yo, ni persona alguna, han de formar su opinión por lo que hoy se platique, sino por la luz que arroje 'el sumario; pero admitamos provisionalmente que sea verdad lo que dice la mayoría de la prensa.... y reconozcan que el crimen es de los de patente.... Al anochecer se recoje á su hogar un trabajador honrado, un infeliz carretero, y cena pacíficamente en compañía de su esposa y de una inocente criatura....

Se acuesta en el lecho conyugal, á reposar las fatigas del día.... Apenas la inicua de su mujer le ve dormido, y dormida también á la criatura en la misma cama, ¡qué horror! sale y se va en busca del querindango, que es por cierto el mismo cuñado de la futura víctima.... Y vienen; y ella le entrega al amante el cuchillo, y pone debajo de la cabeza del marido un barreño, y descuelga el candil, y alumbrá, y lo sangran como á un cerdo, allí mismo, allí donde dormía su hija, la niña inocente, que ni siquiera abre los ojos.... Y luego desocupan en el río la sangre recogida en el barreño, y visten el cadáver, y el cuñado lo atraviesa en un burro y lo deja en un pinar, no sin triturarle la cabeza á hachazos, para que se crea que fué muerto allí, en riña ó sabe Dios como.... ¡Todo para gozar á sus anchas una pasión impura y brutal!

El grupo escuchaba con interés tan artístico relato. Al terminar la narración Don Carmelo, exclamó Cartoné, que juraba como los galanes de las comedias viejas:

—¡Por vida!... ¡Voto á sanes!
Y Moragas intervino con vivacidad:

—Sr. Nozales, no sirve.... Aquí no estamos dramatizando una acusación, á lo Meléndez Valdés.... El honrado carretero era un borrachón muy holgazán y muy bárbaro, que le daba á su mujer cada paliza.... Esa noche gastaba una *curditis* que no se podía tener; sólo así se explica que se dejase matar sin el menor conato de defensa. Y en cuanto á que fué por gozar de una impura pasión...., dicen que ya la gozaban sin necesidad de matarlo, y que él estaba perfectamente al cabo de la calle.... Así pues, algo hay ahí...., algún misterio, algún enigma psicológico, ó fisiológico, ó las dos cosas, y á Vds., señores míos, toca esclarecerlo.

—Ya he dicho que no prejuizo....—advirtió Nozales mordiéndose los labios.

—No prejuiza V.... pero acusa....

—Nada...., á estos señores, ¿sabe V. lo que hay que decirles, para que estén contentos?—intervino *Siete patibulos*.—Pues hay que decirles que todo delincuente se encuentra en estado de demencia, y que

sólo por eso cometió el crimen. Yo tengo un sobrinito que pega á sus hermanas; y cuando su madre le riñe, ¿acierten por dónde sale el chiquillo? Dice que no lo pudo remediar: que le subió por el estómago una cosa, una cosa..., y que, al llegar á la mano, se le convirtió en bofetada.... Estos de la *impulsión irresistible* son como el rapaz..., y si á aquel lo curamos á fuerza de azotes, á estos....

—¿Nos daría V. una azotaina?—interrogó Febrero mirando á Cañaño con soberana insolencia festiva.—Ya me lo sospechaba yo, Sr. de Cañaño. Ya suponía que, por gusto de V., restableceríamos en todo su esplendor el trato de cuerda, las pesas, el potro, las cuñas, las seis azumbres de agua echadas por un embudo, con otros modos finos de preguntar que gastaban nuestros insignes abuelos. Y también pondríamos en vigor la mutilación de manos y pies, la perforación de la lengua con hierro candente, las penca, las mujeres untadas de miel y emplumadas, los hombres hechos cuartos y

la marca roja en las espaldas.... Toda la penalidad infamatoria y torturadora, de la cual conservan Vds. con tanto celo lo poco que resta.... Y ¡ay del que toque á esos restos!.... ¿verdad, Sr. de Cañaño? Eso es el *Sancta Sanctorum*....

La fisonomía verdosa de Cañaño se contrajo, y sus acentuados pómulos palidieron de enojo: su voz era temblona y furiosa al contestar:

—Ya.... ya.... ya sé que ahí va á parar todo..., que ese es el objetivo de las supuestas reformas, y el fin á que tienden todas esas infames teorías. ¡Se quiere establecer la irresponsabilidad, para, á su sombra, echar por tierra lo único que sustenta este edificio minado por todas partes, atacando á la sociedad en sus mismos cimientos! ¡Se quiere alcanzar con la piqueta la base, el centro misterioso en que descansan la paz, el orden, la justicia, la concertada marcha de todo el organismo social! ¡Se quiere...., ¡horror causa el decirlo!...., tocar á la piedra angular, abolir la última pena!....

Al nombrar la última pena, armóse en

el grupo una especie de motín : cada cual quería emitir su opinión, objetar, afirmar, negar, discurrir. Pero sobre la marea de tantas opiniones como iban á ilustrar el asunto, sobresalió la voz de Primo Cova, que chillaba en agudo falsete:

—No le toquen Vds. ese punto á Cáñamo.... ¡La pena de muerte! Pues si esa es su parte sensible.... ¿No lo sabían? Ha escrito sobre el asunto en todos los diarios de la región, de la corte y de América, y se calcula que el total de los artículos que lleva publicados podrá pesar así como unos treinta quintales.... Las empresas Funerarias se han asociado para regalarle una corona de abalorio negro.... Ha ilustrado la materia con profundísimas investigaciones; se ha metido en el bolsillo á Becharia, á Filangieri y á Silvela: Sólo nos ha dejado una duda, una incertidumbre horrorosa.... ¡No ha podido decirnos categóricamente cómo se conjuga la primera persona del presente de indicativo del verbo *abolir!* No acaba de resolver si ha de decirse *yo abuelo ó yo abolo!* Ya desesperado, optó por la solu-

ción mixta y escribió esta copla.... ¡Verán qué copla!

« Mi abuela quiere que *abuela*
Yo la pena capital :
¡ Yo no soy bolo, y no *abolo*
La garantía social ! »

Grandes carcajadas corearon la impertinente gracia de Primo Cova. La conversación perdió su carácter de seriedad, borrándose el sombrío tinte que le comunicara el relato del crimen, y se enzarzó, entre chanzas y epigramas, alentadas por el visible enojo del amoscado Arturito, una contienda puramente gramatical, en que todos echaron su cuarto á espadas sobre si debe decirse *abuelo ó abolo*, causando indignación y ardientes protestas el parecer de Don Dario Cortés, quien afirmaba que no se dice de un modo ni de otro, sino *yo abulo*, y alegaba autoridades y razones serias. Es increíble el fuego conque sostuvieron tan mezquina disputa. Olvidadas quedaron las cuestiones que habían principiado á agitarse, el grado

de responsabilidad de los criminales y la conveniencia de la última pena; y aquel grupo—relativamente consciente, ilustrado, grave—más encrespado de pronto que el mar en día de tormenta, rompió en frases agrias y batalladoras, cruzó apuestas, voceó hasta echar abajo el Casino y tener que advertirles el mozo que no gritasen, «que se oía mucho desde fuera». Finalmente, varios campeones «se jugaron la cabeza,» por una desinencia de mala muerte, como aquellos griegos de Bizancio que se mataban por el modo de persignarse, mientras cada vez más próximo retumbaba el casco del caballo del invasor!

Tampoco de esto quiso disputar Febrero. Imitando su ejemplo Moragas (que en otra ocasión no dejaría de alborotar, lo mismo que cada quisque), al poco rato salieron juntos abogado y médico, y sin ponerse de acuerdo, sin decirse palabra, apenas doblaron la esquina que conduce al paseo del Terraplén, enlazaron los brazos como personas dispuestas á platicar largamente, á lo cual les convidaba la

serenidad del anochecer y la molicie de la atmósfera, ablandada por la primavera y entonada de vez en cuando por un hálito salitroso venido del mar. Ya bogaba en el cielo el ligerísimo esquife de la luna nueva, y el lucero destellaba, como una mirada fija y amorosa de la cual parece que va á desprenderse llanto.

Ninguno de los dos hombres,—que sin estar unidos por antigua ni por fuerte amistad, lo estaban en aquel punto por la afinidad de sus corrientes de pensamiento y de sentimiento,—pronunció palabra hasta verse fuera de la zona de arbolado tupido, recortado y simétrico que forma el lucido y amplio paseo del Terraplén. Y es que por allí no había solamente árboles, sino también seres humanos, paseantes ociosos. Traspasada la última hilera de plátanos y acacias, encontráronse en el Malecón, siempre solitario, y que tiene por horizonte las aguas, entonces apacibles y suavemente rizadas, de la bahía. Moragas fué el primero en estallar (Febrero era, aunque vehemente, más concentrado, y tenía ya el hábito de reprimir-

se que adquieren á la larga los verdaderos innovadores).

—¿Ha visto V.? ¡Qué caterva! ¡Valiente areópago! Así es que yo no pongo el pie nunca ahí....

—Yo sí suelo ir;—respondió Febrero.
—Les dejo hablar, les oigo...., y aprendo, aunque parezca mentira. Y eso que ya delante de mí se recatan ellos bastante. No sé de dónde han sacado que me río de lo que dicen. Lo que no hago es tomar parte en las disputas. Eso no; por nada del mundo. Siendo, como soy, un hombre que se cree nacido para la propaganda, considero que para esta propaganda oral, ni están maduras aquí las conciencias, ni preparado el terreno. No diré que fuese enteramente mala la propaganda oral, siempre que recayese en un auditorio escogido, capaz de recibir la idea con cierta nitidez, y de devolverla y comunicarla, mas sin alterarla mucho. Arrojarla ahí, en el *Casino de la Amistad*, ó en cualquier Casino, para que la ensucien, la desfiguren y la pisoteen...., eso sí que no lo haré yo.... Sería profanarla...., y pro-

fanarla en balde.—No crea V. que no me ha costado aprender á reprimirme, á sonreír y á callar, cuando oigo todo género de atrocidades y de absurdos; á no perder jamás la sangre fría; á esquivar los ataques de los necios malignos, como ese Cañamo, que siempre me andan buscando las cosquillas para poder decir que me refutan, y á imponerme por mi propia calma y retraimiento, que, tarde ó temprano, hacen efecto en la muchedumbre. Así es que.... me reprimo y me reprimiré, y á mí no me han de meter en ninguna danza ridícula. Ya ve V. lo que ha sido la conversación de hoy; una serie de incoherencias y de extravagancias, y al final una de esas cuestiones gramaticales tan bizantinas y tan empalagosas...., de la cual sacarán todos lo que el negro del sermón. No: no hay más propaganda que la del periódico (sin aceptar tampoco la polémica periodística, á no ser con gente bien educada y de mucho fuste, y claro que me refiero á periódicos de Madrid), la del libro, y la acción parcial sobre la conciencia de algunas personas ilustra-